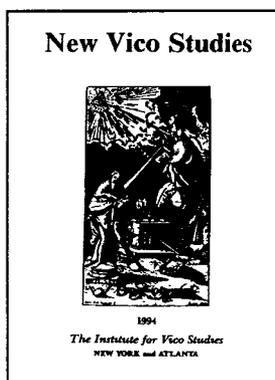


VICO Y LA RETÓRICA QUE NO CESA

A propósito de *New Vico Studies* (1994) y de G. Vico, *The Art of Rhetoric* (G. A. Pinton & A. W. Shippee, translators & editors, Amsterdam-Atlanta (GA), Rodopi, 1996).

por José A. Marín-Casanova



[Estudio bibliográfico crítico: / A Bibliographical and Critical Study]
Nuestro tiempo no es una excepción a la regla que establece que la retórica es propia de los tiempos de crisis, y, sobre todo, de crisis de los relatos monológicos. Hoy, cuando la sombra de la sospecha se extiende sobre el propio canon occidental, y el pluralismo se incorpora al mismo pensamiento, la retórica filosófica se presenta como el lugar de una razón que no aspira a dominar el mundo, sino a habitarlo “poéticamente”. Por eso la filosofía retórica de Vico, que fue una reacción no resentida contra el cartesianismo, está en auge en este momento de atolladero para la racionalidad simbolizada por Descartes. Las reflexiones de Battistini en el *New Vico Studies* de 1994 y la publicación de *The Art of Rhetoric* del propio Vico nos lo confirman.

Our time is not an exception to the rule that identifies rhetoric and crisis, especially the crisis of the monological accounts. Today, when the very western canon becomes suspicious and thought, pluralist, philosophical rhetoric appears as *locus* for a reason which does not desire to manage the world, but to inhabit it “poetically”. Hence the present acme of Vico’s rhetoric philosophy, which was a reaction -by no means resentful- against cartesianism, at the *impasse* of that rationality symbolized by Descartes. Battistini’s reflections in *New Vico Studies* (1994) and the publication of Vico’s *The Art of Rhetoric* give a convincing proof of it.

Cuando Michael Meyer dice que la retórica resurge en tiempos de crisis no dice otra cosa que lo obvio. Asociar la retórica a la crisis es un “topos” insoslayable. En nuestro tiempo de postmodernidad se confirma una vez más. El fin de los *grands récits*, esto es, de las ideologías de emancipación, de las explicaciones monolíticas, de los discursos fuertes, es el fin de una cierta concepción del “lógos”. Pero no de un “lógos” cualquiera entre otros muchos, sino de aquél que quiso serlo por antonomasia, por encima de todos los demás, pues silenciando a los otros decía ser el único. Es el final del “lógos” clásico, de ese que tomó carta de naturaleza haciendo de la anécdota de la superación del mito su propia categoría. Y al nivel del mito quedaba la propia retórica, relegada a la periferia de la razón, a la condición de adorno superfluo del pensamiento, a mero eco -usemos la distinción machadiana- de

la voz de la verdad. Frente a la ciencia, la retórica era, desde Platón hasta más allá de la frase “guerra a la retórica y paz a la sintaxis” de Victor Hugo, sinónimo de artificio, de insinceridad y de decadencia y de poco más, alquimia y afeite: *¡Prend l'éloquence et tord lui le cou!*

Ahora bien, esa razón divinizada que ha muerto al morir Dios -el *Gottestod* nietzscheano paró el reloj- ha muerto paradójicamente de su propio éxito: su éxito ha sido en último término un *exitus vitæ*. En efecto, si reparamos en que el ámbito del “lógos” clásico coincide con lo que Heidegger llamaba *die Metaphysik*, y que ésta coincide con la propia filosofía, tenemos que lo propio del “lógos” occidental era crear una franja más allá de la realidad, metafísica, desde la que controlar toda realidad (Ontología) y la realidad toda (Teología). Se trataba desde el principio de descubrir el principio, de obtener el cetro real, de encontrar el arca, de hacerse con el *arché*. La vocación “monárquica” del filósofo lo llevaba a querer ser rey, el rey filósofo, el “arconte”, y para ello hacía suya la labor de descifrar la realidad, de poseer la cifra que, explicándolo todo, controlase la totalidad de lo que hay, y especialmente al ser humano. Gracias a la “evidencia” de lo real, el filósofo sabía lo que era por naturaleza y lo que, por consiguiente, debían hacer los demás. Y la mejor cifra para el control del mundo y de todo el mundo era, como ya lo vio Platón, la matemática. La filosofía venía a ser la *mathesis universalis*, la matemática universal. Y la matemática universal de nuestro tiempo se llama “Cibernética”. La matemática de alcance planetario es la informática. Que ahora la técnica domine la Tierra no es entonces ninguna casualidad, sino que obedece a una causalidad: el afán “técnico” ínsito en la propia filosofía desde su origen. De ahí que si en el tiempo la técnica sucede a las ciencias, pareciendo su aplicación práctica, haya una prioridad lógica de aquélla sobre éstas: la técnica es previa a las ciencias, es su mismo “telos”. Por eso la filosofía ha muerto de su propio éxito, porque, desde que las ciencias abrazaron el número, no tiene nada que hacer: la técnica, brazo ejecutivo de la filosofía, ha disuelto a la filosofía. Es el *Ende der Philosophie*. Un *Ende* que es *Elend*, miseria.

De ahí que, como me gusta afirmar a menudo, la crisis de la filosofía se substancie, en último término, en los filósofos. La crisis de la filosofía es la crisis de los filósofos. Y es que éstos, al olvidar que el despliegue tecnológico no es sino el cumplimiento del propio mandato inicial de la filosofía como metafísica, se entregan a la quijotesca hazaña de enfrentarse al molino de la tecnología y, como no podía ser menos, salen siempre derrotados en su empresa. El filósofo “auténtico” no debiera considerar al tecnólogo como un enemigo, aunque se entienda que sienta celos por alguien que desempeña su trabajo mejor que él. Esos celos son la expresión de la crisis del filósofo, el cual sólo encuentra reposo y consuelo enclaustrándose en el “gueto”, a donde acude a reunirse con sus igualmente frustrados colegas. Es el “ombliguisimo” narcisista de los profesores de filosofía, que rellenan sus programas docentes de resentimiento negativo, con clases dedicadas no a algo positivo, sino a “demostrar” cuán erróneo e inmoral es el abandono actual de la filosofía, toda vez que es la “madre de las ciencias”. ¡Pobre rey Lear, qué ingratas son sus criaturas! Pero hay una filosofía que no desprecia al mito, sino que ve en él el origen del propio pensamiento; que no desdeña la retórica, sino que la hace entrañable a la propia filosofía, pues sabe que, por seguir con Cervantes, sin ella sería como el caballero andante sin amores: “árbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma”. Hay una filosofía que no empieza por los entes o cosas -no cayendo así en la *Seinsvergessenheit*-, sino por la palabra, por una palabra que es histórica y poética, por una palabra problemática y retórica. Una filosofía que no llora sobre su pro-

pio cadáver, pues no quiere controlar el mundo, sino hacerlo más amable, habitarlo. Una filosofía que muestra que en el límite de la razón clásica no se abre necesariamente la garganta de la sinrazón; que la alternativa a la razón no es el nihilismo pasivo ni su hermano mudo, el escepticismo; que en el nombre del “fin de la metafísica”, pese al temor y al temblor, no es preciso abandonar la inquietud del pensamiento. Lo que hoy huele a muerto es la racionalidad cartesiana, que se apoya en un sujeto “libre”, absolutamente ajeno al tiempo y al espacio, a la geografía y a la historia, un sujeto universal absoluto e instaurador de la realidad, que la deduce a partir de su propia evidencia. El nihilismo reactivo no ha sido su verdugo, sino su mismo hijo. Y frente a ese vástago cartesiano, resurge la retórica, reivindicando espacio y tiempo para una razón no metafísica, para una razón que no apele a ningún fundamento *a priori* según el cual excluir los pareceres contrarios, sino que abra y prepare los propios debates sobre aquello que por “sagrado” no admite control: la pluralidad de las opiniones y los valores humanos. Frente a la univocidad del lenguaje, la retórica filosófica, como nos enseñaron Dupréel y Perelman, se abre a lo múltiple y a lo no apremiante. La pluralidad retórica es la nueva clave de la racionalidad.

¿Nueva? Quizá haya que rectificar el epíteto, pues Vico hace más de un cuarto de milenio nos ofreció algo como lo que la crisis actual reclama, un pensamiento que razona sin oprimir. Y curiosamente nos lo ofreció argumentando contra la filosofía cartesiana. El planteamiento viquiano, como se esforzó Ernesto Grassi en alegarlo y en legarlo, lleva a la sazón el fruto de la tradición del humanismo, luchando por restablecer la conexión, rota por Descartes, entre filosofía y retórica. Ya en esa “lección inaugural” que por famosa se conoce como obra aparte, en el *De nostri temporis studiorum ratione*, Vico aboga por la rehabilitación de la retórica clásica en el sentido ciceroniano de inserción integradora de la retórica en la filosofía, que negaba la supraordinación de la función ornamental sobre la instrumental, que afirmaba el equilibrio entre el contenido y la forma. Vico retrata lo que luego se llamó “las dos culturas”, la humanista y la científica. El contrapunto o antístrofa de Cicerón, de la “cultura humanista”, lo pone, digamos que como vicario cartesiano, el jansenista regioportuense Arnauld. Éste representa, frente a la tópica ciceroniana, la crítica moderna, la “cultura científica”. El método crítico es el que parte de un *primum verum*, conocido por evidencia, para demostrar por deducción (por razonamientos encadenados o “sorites”) el resto de las verdades, unas verdades caracterizadas por su precisión, pues están hechas a prueba de “duda”. Ese método lleva a la depravación de lo humano, por cuanto marchita la fantasía y la memoria, lleva a la inmadurez del juicio y a la pobreza del lenguaje, a la pérdida de penetración en el estudio. En cambio, la retórica parte del sentido común para llegar a lo verosímil y fomenta así todo lo reprimido por la ciencia crítica: la fantasía y la memoria, el juicio y la penetración. Y es que la tópica es escuela de pluralidad, pues nos enseña a considerar las cosas desde ángulos muy diferentes, a encontrar una trama de puntos de vista.

De ese modo, Vico, en esta obra que viene a ser su propio “Discurso del método”, viene a reivindicar el valor formativo de la retórica, la contribución de ésta a la consecución de la prudencia, cuyo objeto es la verosímil probabilidad, que frente a la unilateralidad de la verdad, establece una vía intermedia entre lo verdadero y lo falso. Y no es que Vico reclame la exclusividad de lo racional para la retórica. Más bien muestra la irracionalidad de una filosofía exclusivamente crítica, que jamás podrá propiciar un conocimiento sensato de las

cosas humanas, siempre probables y nunca evidentes, una filosofía que ahoga el sentido del lenguaje, el sentido del misterio, el sentido de la metáfora. Y reivindica, como en el casi coetáneo *De antiquissima italorum sapientia*, la prioridad del ingenio, la precedencia de la invención sobre la demostración. En estas dos obras, Vico, gracias a la vindicación de la retórica, muestra cómo hay todo un campo, el campo de las cosas más importantes para una vida humana, que no se comprende desde la reducción a fórmulas lógico-matemáticas, el de la prudente sabiduría. Mas todavía no le da ahí categoría de ciencia, más adelante - lamentablemente- sí lo hará, en la *Scienza Nuova*, pero ello será a costa -afortunadamente- de incardinar la retórica en la ciencia, a costa de elaborar una filosofía retórica.

Precisamente, además de un interesante estudio historiográfico sobre “Chastellux, Vico, and the Abbé du Bignon” a cargo de A. J. L. Busst, quien sostiene la opinión de que Chastellux, uno de los pocos franceses del dieciocho que llegaron a mencionar a Vico, en realidad jamás leyó al napolitano, al que conoció seguramente a través del espejo distorsionante de du Vignon; y además también de las excelentes discusiones críticas -que en este caso al versar sobre lo “científico” (Villemaire sobre el recientemente fallecido Kuhn), el “sentido común” (Lavin sobre Holub) y el condicionamiento lingüístico del conocimiento



(Danesi sobre Cantelli, Rivero, Searle y Nichols) inciden sobremanera en nuestro tema- y de la revista de libros, dos secciones de las que habitualmente no se puede prescindir, el grueso de la primera obra que ha despertado las anteriores reflexiones, el volumen 12 de *New Vico Studies* (1994), lo ocupan “Three Essays on Vico”, un formidable trabajo de Andrea Battistini, imantado todo él por la cuestión de la retórica viquiana (Este estudioso ya había publicado en 1975 un libro sobre Vico con el título de *La degnità della retorica* y veinte años después ha alumbrado *La sapienza retorica di Giambattista Vico*, que viene a recoger, con alguno más, los tres ensayos aquí reseñados). De modo que no es grande la hipérbole, si se afirma que con este

ejemplar estamos ante un monográfico sobre la retórica de Vico

El primero de esos ensayos lleva el explícito título de “Vico and Rhetoric”. Su mérito principal es el de poner en orden el valor de la retórica viquiana. Battistini “sistematiza” aquello que, casi por definición, es refractario a la noción de sistema. Así, el autor atribuye a la retórica de Vico cuatro roles cardinales: taxonómico, gnoseológico, hermenéutico, y expresivo. El papel *taxonómico* reside en que merced a su inobjetualidad, la retórica, como ya indicaba Aristóteles, puede aplicarse, en tanto que “técnica” a cualquier disciplina. Lo que tiene el alto rendimiento de mantener unido el conocimiento. El concernimiento de lo retórico, no con la verdad, como la lógica, sino con lo *verosimilis* y lo probable, se presenta como un antídoto contra la escisión de la cultura, contra la disociación de la sensibilidad. Así, el Vico de las *Inaugurales* entiende que el de la retórica es el camino para organizar los estudios universitarios ante la amenaza de lo que Ortega -permítame Battistini el préstamo- denominó la “barbarie de la especialización”. La retórica revela, entonces, ante la soledad silogística cartesiana, su perfil ético al sugerir valores sociales y mantener unidos a hombres y mujeres tal y como lo estuvieron en el origen de la sociedad. El peralte integrador de la retórica queda puesto así de manifiesto.

Esto nos lleva al segundo rol de la retórica, el *gnoseológico*. Battistini lo encuentra en la *Scienza Nuova* trayendo a colación el origen retórico de la metafísica, lo que hace que para Vico la retórica más allá de su carácter persuasivo tenga la eminente función, mediante los “universales fantásticos”, de hacer posible la creación del pensamiento. El lenguaje que para nosotros es figurativo tuvo en sus comienzos un valor propio y natural. Ésta es la fuerza cohesiva de la retórica que, frente al aislamiento cartesiano, siempre presupone el diálogo: el desacuerdo viquiano con Descartes no es, por lo tanto, solamente teórico, sino que también reviste un rasgo y un rango ético y sociológico.

De ahí que la retórica interprete también un papel *hermenéutico*. Nuestra mente puede volver a ser joven a través de las invenciones fantásticas de la infancia de la humanidad. Al comienzo no se da el “lógos” del discurso racional, sino el “pathos” de la imagen. Y es la retórica y no la lógica quien constituye el método que puede leer la gramática mitológica y poética, siempre polisémica y connotativa. La interpretación no es nunca literal, toda vez que es alegórica. Frente a la lógica del orden, tenemos a la retórica del caos, un instrumento hermenéutico congenial, congenial con la entropía de la vida. La retórica de Vico auspicia, por consiguiente, un relativismo que fuerza una decisión cada vez en función de una concreta y específica situación. Éste es el relativismo que está a la base del historicismo viquiano, que pone cada fenómeno en su contexto considerando la mentalidad de los seres humanos que vivieron en semejante contexto.

Por último, destaca el rol *expresivo* de la retórica, el cual, le sirve a Vico para allanar las dificultades con la traducción. Para traducir al lenguaje de los hombres el de las épocas de los dioses y los héroes es preciso recurrir, en efecto, a la retórica. Con ella uno puede convertirse en un “actor”, incluso en un “mimo”, que exprese el mundo de las pasiones. La elección viquiana no es tanto estilística como heurística: gracias a la retórica es posible asimilar un mundo que de otro modo nos seguirá siendo ajeno. La de Vico es una epistemología genética que hace de la retórica una nueva filosofía que visualiza el razonamiento, que expresa un “pensamiento sensual”. Se entiende, entonces, el distanciamiento de Vico del lenguaje simple y referencial de la Ilustración, y que ésta le pagase esa lejanía original con la moneda del olvido.

La última consideración nos introduce en la peculiaridad de “(On) the Encyclopedic Structure of the New Science”. En efecto, en éste su segundo ensayo Battistini muestra cómo Vico logró cuadrar retóricamente el círculo de unir el conocimiento en un principio. Creo que el autor consigue revelar que los cuatro roles de la retórica se complementan *in actu* en la *Scienza nuova*. A parte de dar razones que confirman que el impulso cinético, que constituye la misma esencia de la visión que Vico tenía de la historia, impulsa también el hecho de las sucesivas y distintas ediciones de su obra capital, el autor sostiene que ese mismo empuje dinámico afecta estructuralmente al corazón de la última versión. Ciertamente la *Scienza nuova* es una “obra abierta”, cuya originalidad yace en que la constante apelación a la unidad queda siempre sometida al ejercicio metafórico, el cual elimina la estaticidad de cualquier definición. Se trata de una unidad en movimiento, que rechaza cualquier cadena de razonamientos rectilíneos, cualquier imagen arquitectónica del conocimiento, para defender, por contra, una imagen orgánica. El conocimiento viene a ser un árbol, cuyas partes forman un sistema continuo de interdependencia vital. Y es que la intención de Vico es galvanizar y revitalizar el mundo mecanizado de Hobbes y Descartes. Así,

la ciencia ha de explicarse con los valores biográficos del nacimiento y del crecimiento. Y la primera cosecha del conocimiento fructificó no en un campo racional, sino fantástico. Para recolectarla hay que utilizar el propio método original de conocimiento, hay que seguir el proceso del pensamiento mítico en que cada elemento retiene su significado sólo en la medida en que permanece religado a la totalidad.

Así, en el árbol viquiano del conocimiento, Vico, fiel a las raíces, otorga valor a cada elemento individual en tanto que interrelacionado como símbolo y parte del todo. Todo el conocimiento parte del común denominador de una *Weltanschauung* poética, que es imaginativa, animista, sincrética, y que forma continuas relaciones metonímicas entre las cosas. El resultado de todo ello no puede ser, por consiguiente, una enciclopedia al estilo de la de Diderot y D'Alembert. La *Scienza nuova* evoca, en cambio, los símbolos barrocos del almacén, la mina, el museo o la cámara de maravillas. Tampoco puede ser el de los *Specula* medievales, pues la sacramentalidad del conocimiento se ha perdido, ya no hay un referente sagrado que garantice su orden. Lo que tenemos es una enciclopedia que en cuanto libro abierto se adentra en el campo de la investigación de una tierra desconocida que ha de ser explorada. Y todo ello mediante una polifonía de métodos: el icónico y geométrico -aunque no en el sentido racionalista de un Descartes o de un Espinosa, sino en el circular y sintético de raigambre euclídea, imbuido de ingenio humano y más próximo a lo tópico-; el alegórico, que transforma ideas y hechos en mitos; el filológico, que desentierra datos nuevos; el filosófico, que establece vínculos metafísicos entre hechos y teoría; el sincrético, que trata de reducir a armonía el material discordante y contradictorio; el profético, que junta realidad y contingencia dentro del diseño providencial de la historia ideal y eterna; y el pragmático o diagnóstico, que procura evitar o atenuar el declive de las naciones.

Por eso Vico reclama insistentemente que su obra se lea, de acuerdo con los criterios de la retórica, tres veces: primero para ver la unidad, segundo para ver las conexiones, y tercero para ver el estilo. Lo cual requiere los dones barrocos de la agudeza de mente, de la curiosidad extraordinaria, y de la erudición ingente y variada. Así, podremos disfrutar de una enciclopedia que, si bien ya carece de las amarras metafísicas del medievo, retiene la convicción de poder comprender el mundo recorriéndolo de un vistazo.

Es decir, mediante una mirada agónica. En efecto, en su tercer ensayo, Battistini nos presenta a "Vico as Agonistic Lector", en lo que viene a ser, aunque el autor no haga referencia a ello, una especie de incardinación de Vico dentro de la celeberrima "Querelle des anciens et des modernes" (y es una pena que Battistini no la haga, pues podría haber aprovechado como anillo al dedo el cruce que Preti hizo entre la *querelle* y las dos culturas, las cuales el mismo Preti, tomando como punto de partida lo que para él era el momento central, el tipo de discurso, había reducido a la oposición entre lógica y retórica -cfr. Giulio Preti, *Retorica e logica. Le due culture*, Torino, Einaudi, 1968-). Ya en 1708 Vico estaba convencido de la superioridad artística de los antiguos, pero estaba igualmente convencido de que su ejemplo antes era un obstáculo que una ayuda para los modernos. De una forma que recuerda el anhelo nietzscheano de barbarie y llevado por lo que Bloom llamó la "ansiedad de la influencia", Vico luchó por librarse de la frustración nacida de la tiranía del pasado. Ésa es su constante pugna como lector. La cual, lejos de denostar a los antiguos, testimonia la insoportable admiración hacia ellos. Vico sabiendo que no podía superar a sus antecesores luchó, abriendo frentes polémicos con todos, por librarse de su influjo median-

te una actitud “nihilista” y triunfante en sus lecturas, presumiendo además de autodidactismo. El precio que estuvo dispuesto a pagar fue el de la “mala” lectura, el de la “falsa” interpretación.

Prueba de esta decidida herejía la encuentra Battistini en el tratamiento que Vico llevó a cabo de sus “cuatro autores”, deformándolos y convirtiéndolos en “larvæ” simbólicas y mitificadas. De forma que su interpretación los superaría hasta el punto de que sólo serían momentos parciales de su superior pensamiento. Y esto es una exigencia de la propia metodología viquiana, pues si “verum et factum convertuntur”, el intérprete mismo de un texto ha de abandonar toda pasividad recipiendaria, para metamorfosearse en un “autor”, en un creador de significados, siempre alternativos y, por ende, personales. La legitimidad de una tal usurpación semántica vendría dada por el hecho de que los “principios del mundo de la sociedad civil han de encontrarse en las modificaciones de nuestra misma mente humana”, pues es en ella donde tiene lugar la obvia transformación de los datos textuales.

Leer es, por tanto, aunque Battistini no lo diga expresamente, una operación retórica. No otra cosa es recordar la similitud de la distorsión viquiana con la desconfianza “derridiana” hacia el grafocentrismo, o afirmar que el esfuerzo de Vico en redescubrir la mentalidad primitiva equivale a un psicoanálisis de la filogénesis, o poner en relación con todo esto el carácter estructuralmente negativo de la *Scienza nuova*. Y es que si la interpretación requiere ir a los orígenes ha de ser “original”. Y en el origen de toda cosa siempre hay un acto de violencia: el nacimiento del significado comporta, como todo parto, algo de traumático, una violencia hermenéutica. De ahí el gesto “poético” de la filosofía viquiana, esto es, la transformación del significado ínsita en la lectura, que es siempre una relación intertextual. Interpretar el pasado es remodelarlo, recrearlo, una actividad -autorice Battistini que lo diga así- metafórica. La conclusión se impone fácilmente, y bajo la forma de una paradoja: pocos libros pueden ser tan deudores de otros libros y, al mismo tiempo, pocos libros pueden ser tan ajenos a otros libros como la *Scienza nuova*. Ése es el resultado -expresémoslo con un oxímoron- de la original emulación intertextual que inspira la agónica lectura viquiana.

Sin embargo, nada de agónica tiene la segunda obra que alimenta el presente comentario, *The Art of Rhetoric*. Se trata de la primera edición en lengua inglesa de las *Institutiones Oratoriae*, en excelente traducción del latín, basada -conserva la disposición, la

introducción y el extenso comentario, así como las notas y parcialmente los índices- en la edición crítica latino-italiana de Giuliano Crifò de 1988, y digna de la dedicatoria a Giorgio Tagliacozzo, a cargo de Giorgio A. Pinton y de Arthur W. Shippe, los mismos que en 1993 con el título de *On Humanistic Education* vertieron las *Orazioni inaugurali*. Yo creo que, vencidos otros condicionantes, sobre todo, cuando se trata de publicar un libro, económicos, si esta traducción ha visto la luz de la imprenta, ha sido al abrigo del resurgir de la retórica que aquí estoy destacando y aplaudiendo. Pero asimismo creo que -aun cuando, sin vacilación, sucede que es una opinión asaz controvertida- esta obra de Vico, si bien se beneficia de la corriente retórica de nuestros días, va, no obstante, a contracorriente de la



retórica. Vico, en efecto, siempre *against the current*, en expresión inmortal de I. Berlin, también va en esta obra contracorriente, contra su propia corriente.

Me figuro que, ante lo que acabo de sostener, quien no tenga conocimiento previo de la obra, si es un fetichista de lo impreso, pensará que no ha entendido nada de lo que creía haber entendido hasta este instante, y, si, en cambio, es de los que extreman su celo crítico con todo lo que leen, pensará que, por contra, he incurrido en una flagrante contradicción, algo así como que soy yo quien entonces no ha entendido nada. Pues ni lo uno ni -espero- lo otro. Es la obra viquiana explícitamente retórica la que va contra los vientos favorables para la retórica que Vico como nadie contribuyó a que soplaran. Intentaré explicar esta paradoja, no aparente, sino bien real.

Por un lado, tenemos -y ésta es la tesis que he venido defendiendo desde el principio y que he pretendido reforzar avalándola con la autoridad de Battistini- que la filosofía de Vico mantiene una relación umbilical con la retórica, que es una filosofía, frente al modelo matético-universal racionalista de raíz platónica, retórica. Por otro lado, tenemos que las *Institutiones Oratoriae*, en sentido estricto, no sólo no confirman la tesis de la centralidad retórica de la filosofía, sino que, en última instancia, incluso suponen su refutación indirecta, la retirada de la apuesta por la razón retórica frente a la razón analítica. La paradoja está, así pues, servida. No obstante, creo que hay una forma de obviar no la paradoja, pero sí la contradicción por ella sugerida. Una forma que además puede contribuir a resolver en parte el problema que ya se le presentara a Nicolini, y a partir de él al resto de la investigación viquiana, a la hora de integrar este texto dentro del conjunto de la obra de Vico. Aunque, no siendo doxógrafo viquiano, no voy a ser tan pretencioso como para enmendar la plana a afamados estudiosos: antes que resolver el problema lo que quiero apuntar más bien es que hay una forma sencilla de que el problema no se presente, o de que al menos adelgace su grosor.

La clave se encuentra de nuevo en lo obvio. Las *Institutiones* han de ser juzgadas por lo que son: un manual de retórica. Se trata de un libro hasta cierto punto apócrifo, una obra que jamás publicó Vico y que ha llegado a nosotros mediante manuscritos que son o transcripciones de las clases de retórica de Vico (docente de la materia en la Universidad de Nápoles durante más de cuarenta años, de 1699 a 1741) hechas por los estudiantes o bien copias de las mismas. En particular, esta edición crítica e íntegra en inglés se basa en los manuscritos *c*, *Croce* y el *b* especialmente, junto con notas tomadas durante años por los alumnos, que se preparaban con estas lecciones propedéuticas para el estudio del Derecho. No estamos, por tanto, ante un libro de Vico propiamente dicho, ni mucho menos ante una obra de investigación en sentido estricto, sino ante un libro de texto usado para dar las clases que proporcionaban el sustento a la familia Vico. Cualquier comparación con las colosales y homónimas *Institutiones Oratoriae* de nuestro Quintiliano está fuera de lugar. Tampoco tiene ni por asomo el calado teórico de la *Retórica* de Aristóteles. Y si miramos hacia adelante, hacia los grandes retores que vinieron después de Vico, desde Du Marsais a Beazé, y especialmente a Fontanier, tampoco hallamos su finura de análisis, esas minuciosas clasificaciones de los aspectos más dispares y sutiles con meticulosas distinciones y subdivisiones. No, Vico no persigue el espejismo de dominar la variedad fenoménica del discurso. Lo que él hace es simplemente un manual escolar atento, de una parte, la primera, a la naturaleza de la retórica, y de otra parte, la segunda, a la elocuencia o arte de hablar en

público. Y nada más. Lo que no es poco, pues se trata quizá del más hermoso y sentido manual de retórica jamás concebido, una especie de “Lausberg” *ad usum delphini*, pero con el Mediterráneo como pizarra.

Y, por supuesto, lo que ahí se afirma está en continuidad, *lato sensu*, con la obra investigadora viquiana. Es difícil no estar de acuerdo con Crifò, no ver cómo el interés viquiano por la tradición cultural preservada en la retórica clásica y en el Derecho Romano no sólo se encuentra en sus lecciones en el aula, sino que a partir de ellas se aclara su presencia en las otras obras de Vico. El docente y el investigador eran la misma persona: las *Institutiones*, estudiadas en el contexto del resto de la producción viquiana, proporcionan la confirmación de la relación vital entre retórica y Derecho, de cómo comenzó en Roma y sigue valiendo hoy. Y a la vez es difícil seguir compartiendo el rupturismo de Nicolini, quien en aras de una interpretación unitaria del pensamiento de Vico relegó esta obra, al considerarla menor, al ostracismo.

Pero, al margen de la valoración nicoliniana del *manualeto*, hay una seria objeción que se remonta al propio Nicolini, la cual está lejos de haber sido resuelta definitivamente. Y es que la doctrina de los tropos tal y como se encuentra en la *Scienza nuova* (univocidad de los tropos y consiguiente negación de la distinción entre “propio” y “figurado” al inicio de las lenguas) es muy distinta y hasta contradictoria de la que se encuentra en el manual (valor analógico de los tropos y consiguiente afirmación de la distinción clásica entre lo “trópico” y lo “auténtico”, recuérdese, por citar a un autor no citado por Vico, a Castelvetro sosteniendo la preeminencia de las “palabras absolutas” sobre las expresiones figuradas, de la claridad y de la exactitud “científica” sobre los traslados, los ornamentos y las circunlocuciones, y anticipando así en un siglo el razonamiento de Descartes y Port Royal). Este punto en torno a los tropos no es, por tanto, accesorio, sino substancial para comprender la “alternativa” viquiana al cartesianismo. Y se comprende que Nicolini haya llegado a sostener que se da una contradicción entre el Vico científico y el Vico docente. Prueba de ello sería que en el manuscrito *Croce* no aparezcan los capítulos tropológicos (¡todo un tercio de la obra!) o que Vico, cuando quiso optar a la mejor remunerada cátedra de Jurisprudencia, no incluyera esa obra en su catálogo curricular como mérito propio. Crifò mantiene, por el contrario, que siempre hubo continuidad entre lo investigado y lo enseñado y aduce como prueba que el *ms. Croce* en que basaba sus opiniones Nicolini es anterior al *ms. b.*, que no suprime la tropología (con lo que Vico estaría manteniendo su teoría retórica de los tropos, incluso tras la publicación de su *opera maior*), estimando asimismo que Vico, de haber observado una contradicción, la habría advertido y resuelto. Pero no lo hizo y así siguió enseñando la tropología sin ningún problema. Ahora bien, aun cuando Crifò lo argumenta excepcionalmente bien, es así mismo verdad que la posterioridad del *ms. b.* es conjetural y no “evidente”. Todavía, por tanto, no se ha dicho la última palabra, la cual dejo a los historiógrafos competentes.

Y es que, más allá de lo que puedan aducir los eruditos para resolver la contradicción de las opiniones, el problema deja de plantearse si, en vez de pretender decidir el continuismo o el rupturismo, que, como ha advertido Torrini, puede terminar forzando las sinuosidades viquianas en el intento de insertarlas orgánicamente bien en un sentido bien en otro, no perdemos de vista, como ha señalado Agrimi, que no podemos confundir identitariamente al Vico “maestro de escuela” con el Vico “filósofo”. Lo que yo sugiero (y no se aprecie en

ello un cínico pragmatismo) es que, si algo está claro, es que Vico con las *Institutiones* enseñaba aquello por lo que le pagaban, que no tenía por qué coincidir con lo que investigaba. Y esto no es, aunque pueda dar esa impresión, defender la tesis rupturista, pues ésta termina ignorando al docente en favor del investigador, sino abandonar el plano donde se plantea la contradicción, para llevar la obra al plano donde se encuentra su razón de ser: la docencia de retórica. Vico se limitaba a dar clases de retórica clásica, una asignatura que mira por el ornato y elegancia de la elocución. Sus lecturas eran las mismas y las aprovechaba por igual en sus “asépticas” clases y en sus “contagiosas” publicaciones, sin tener por ello que pensar contradictoriamente, sólo que enseñaba la retórica apropiada para la “edad de la reflexión”, una retórica en la que los tropos, al parecer, ya no son sustantivo del pensamiento, sino adjetivo. O dicho de otra manera: Vico, mediante el referido manual, no explicaba tanto “su” retórica, la retórica filosófica que encontramos en el capítulo segundo de la “Logica poetica” de la *Scienza nuova*, como lo que en su tiempo se entendía por retórica, lo cual, más allá de la ruptura o de la continuidad, no es incompatible con su teoría de la naturaleza prelógica y consiguientemente tropológica del lenguaje.

Quizá, en definitiva, sea mejor ser lo suficientemente viquianos para leer a Vico como él leyó a los demás, no pretender determinar la “verdad” de Vico y así quedarnos con un Vico verosímil o, por decirlo tras Heidegger: no disponer de Vico, sino dejar que Vico tenga lugar. Si no, le haremos el juego a la metáfora predatoria del conocimiento que tan bien contrarrestó él con su metáfora arbórea -o forestal, por seguir con el leñador del *Schwarzwald*. No tratemos de tener razón, el cazador de la verdad siempre será más fuerte, tendrá toda la razón. Mientras los demás pugnen por el *vero* Vico, yo preferiré meditar acerca de si, para la salvaguardia de la propia razón, no será acaso más conveniente una racionalidad que tenga presentes sus orígenes retóricos antes que la afirmación de una razón autónoma: ¿No será preferible una razón que no nos obligue al sacrificio de la identidad personal, que no haga de nosotros meros vehículos para la transmisión de una verdad impersonal, que no quiera el dominio, el control o la administración del mundo, sino habitarlo, conociéndolo metafóricamente, para, asumiendo su precariedad, su contingencia y su historicidad, evitar el suicidio de una razón que por haber querido estar en todas partes ya no estará en ninguna? Pero ésta es, desde luego, una pregunta retórica.

* * *

